

«No me darán el Cervantes, pero lo que quiero es que me canonicen»

«Carta de amor», de Fernando Arrabal, logra el Nacional de Literatura Dramática

El Ministerio de Cultura otorgó ayer a Fernando Arrabal el Premio Nacional de Literatura Dramática por «Carta de amor (como un suplicio chino)». Arrabal, entusiasmado, desde París, lo celebró con sus amigos en un festín de polvorones (dice que comprará más con

los 15.000 euros del premio). Cree el autor que ya no le darán el Cervantes. Tampoco parece importarle. Él lo que quiere es que le «canonicen». El dramaturgo estrenará la obra en Nueva York, y asegura que la experiencia en París fue como un «coitus interruptus».

L. Navarro/ M. Ayanz

Madrid

Desde su casa de París, donde celebra el premio con su compañera, Lis, y numerosos amigos, cuenta Arrabal que lo ha recibido «con polvorones, porque nos evocan el polvorín». Acto seguido me pasa al teléfono, sin avisar, a Claudio Pozzani, poeta y director del Festival de Génova. Arrabal tiene estas salidas imprevisibles y geniales. Por fortuna, sigue la entrevista:

—Le han dado el premio por «Carta de amor», que se estrenó recientemente en París...

—Y va a ir a Nueva York. Habrá oído hablar del «coitus interruptus». En París se han quedado así tras el estreno con María Jesús Valdés y Juan Carlos Pérez de la Fuente. Están deseando que vuelva. La obra se hace ahora en francés, pero va a representarse en el Teatro Intar de Nueva York, en Broadway.

San Fando

—Este premio, ¿puede alejarle o acercarle al Cervantes?

—Todos los años, cuando llega diciembre me hablan del Cervantes, cuando llega septiembre me hablan del Nobel, y de vez en cuando alguno salta con lo de la Real Academia. Pero nunca se podrán encontrar un jurado para darme esa clase de cosas. Ni siquiera con Umbral, Hierro y Cela, los mejores jurados que se podían imaginar, se consiguió, así que no creo que lo logre nunca.

—¿Pero le gustaría recibirlo?

—A mí lo que gustaría es que me canonizaran, como me hicieron en Argentina un grupo de pintores, novelistas y hombres de ciencia. Los argentinos me dieron el título de San Fando, y a mi mujer de Santa Lis, muy merecido. Yo espero que los españoles caigan un día en la cuenta de que yo lo que quiero es ser bueno, ser un santo pagano, y que, por lo tanto, se me beatifique y se me canonicen. Si esto se hace en algún lugar de juerga,



Hormiguero. Arrabal, enamorado de la poesía y de las hormigas

sería mejor. No creo que ninguno de los premios que he recibido me haya influido. Los premios no significan nada.

—¿Qué es importante entonces?

—Los grandes espíritus con los que yo he compartido gran parte de mi vida, como Beckett, Ionesco, Breton o Kundera, y hoy Houellebecq. Esos sí cuentan. Y los animales que me rodean también cuentan en mi vida. Los hormigueros de la Casa de Campo cuentan en mi vida.

Juzgado por blasfemia

—¿Cómo es su relación con Houellebecq?

—Probablemente, la persona con la que más hablen tanto Houellebecq como Kundera sea conmigo. Houellebecq es más inteligente que Dalí, Breton o Ionesco. El último año de la vida de Ionesco, yo le vi todos los días, y la conversación siempre empezaba igual: «Fernando, tú y yo que somos agnósticos...», y su mujer decía: «No tan agnósticos como decís», y siempre hablábamos de trascendencia y de religión. Con Houellebecq, las conversaciones siempre son a partir de ese punto. Es curioso, los dos hemos sido juzgados por blasfemia.

—¿No le parece inverosímil que a principios del siglo XXI un intelectual en Europa pueda ser juzgado por blasfemia?

—La vanguardia es la tradición sin traición, y yo creo que las cosas se repiten. Por eso cuando yo fui al juicio llevaba un botellín con licor, que por cierto, ofrecí al presidente del tribunal, y recuerde el proceso de Sócrates.

—¿Cómo se relaciona hoy en día Arrabal con el poder?

—La verdad es que a propósito del poder he escrito muy poco. Escribí una carta a Franco y una carta a Castro en el 83. Nunca voté y en Francia casi todo el mundo militaba en algún partido, pero yo no. Cuando escribí la carta a Franco pensé que estaba diciendo algunas evidencias. Pero la verdad es que no hubo ni siquiera polémica.